

Fotografías:

ANTONIO F. NAVAS
y PIPE LOPEZ

Después de la muerte de Monseñor Escrivá de Balaguer, el 26 de junio pasado, y tras los funerales en la parroquia de San Eugenio, en Roma, a los que asistieron varios cardenales, presididos por el representante del Papa, cardenal Benelli, se vienen celebrando otros en muchos países. En Madrid, en la basilica pontificia de San Miguel, asistieron alrededor de cinco mil personas al presidido por el Consiliario del Opus Dei en España, don Florencio Sánchez-Bella. Posteriormente se celebró otro, ofrecido por don Santiago Escrivá, hermano del Fundador del Opus Dei. En la foto, un aspecto de la basilica pontificia de San Miguel en los funerales del día 2 de julio.



Funerales por
**MONSEÑOR
ESCRIVA DE BALAGUER**



Los marqueses de Mondéjar, Laura Hurtado de Mendoza —secretaria de S. A. R. la Princesa de España— y don Alfonso Armada, jefe de la Secretaría de Su Alteza Real el Príncipe de España.



A la izquierda, don Santiago Escrivá de Balaguer —hermano del Fundador del Opus Dei—, acompañado de tres de sus hijos. En primer término, entre otros asistentes, don Vicente Mortes Alfonso y señora; don Alberto Martín Artajo, don Gonzalo Fernández de la Mora, don Lucas María de Oriol y don Aurelio Guaita.



Los marqueses de Mondéjar, Laura Hurtado de Mendoza, don Alfonso Armada y el embajador don Antonio Garrigues y Díaz Cañabate.



El hermano de Monseñor Escrivá, con su mujer y tres de sus hijos.



Alrededor de cinco mil personas rezaron por Monseñor Escrivá el día 2 de julio, en los funerales celebrados en la basílica pontificia de San Miguel, de Madrid.

En la muerte de Monseñor Escrivá de Balaguer

SERVIR CON ALEGRIA

En la cripta de Santa María, en la sede central del Opus Dei, en Roma, una sencilla lápida de mármol gris oscuro cierra el sepulcro de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador y primer Presidente General de la Asociación, muerto en la diaria tarea de santificar su trabajo el 26 de junio de 1975.

Floreros, pocos y sobrios, con rosas rojas. Y un constante entrar en silencio de muchas personas que vienen a rezar por él, a estar hablando con Dios cerca de los restos mortales de quien fue estímulo para el trabajo, para el amor, para la comprensión, para el sentido universal de servicio a todos los hombres.

En el altar de la cripta se celebran frecuentes Misas en sufragio por su alma. Monseñor Escrivá recordaba frecuentemente la enseñanza de la Iglesia en cuanto a que rezar por los muertos, pidiendo a Dios perdón por los pecados y los errores ajenos, es bueno, es conveniente, es meritorio. Y él se consideraba, sin falsa humildad, con sinceridad, con humildad auténtica, un «pecador que ama a Jesucristo».

Muchos de los que entran a rezar ante la tumba del Fundador del Opus Dei han convivido con él o lo han conocido personalmente. Otros no lo habían visto nunca, pero vienen ahora atraídos por la figura humana y el rastro cristiano —de paz, de amor, de visión sobrenatural de las cosas que ocurren cada día— dejado en

Texto:
MANUEL FERNANDEZ AREAL



Monseñor Escrivá de Balaguer celebrando Misa en la sede central del Opus Dei, en Roma.

La
ACTUALIDAD
Española

ALBUM RECUERDO

**«Por amor
y para enseñarnos
a amar,
vino Jesús a la tierra
y se quedó
entre nosotros
en la Eucaristía».**

*(Monseñor Escrivá de Balaguer,
en Homilía pronunciada
el 28-V-1964).*

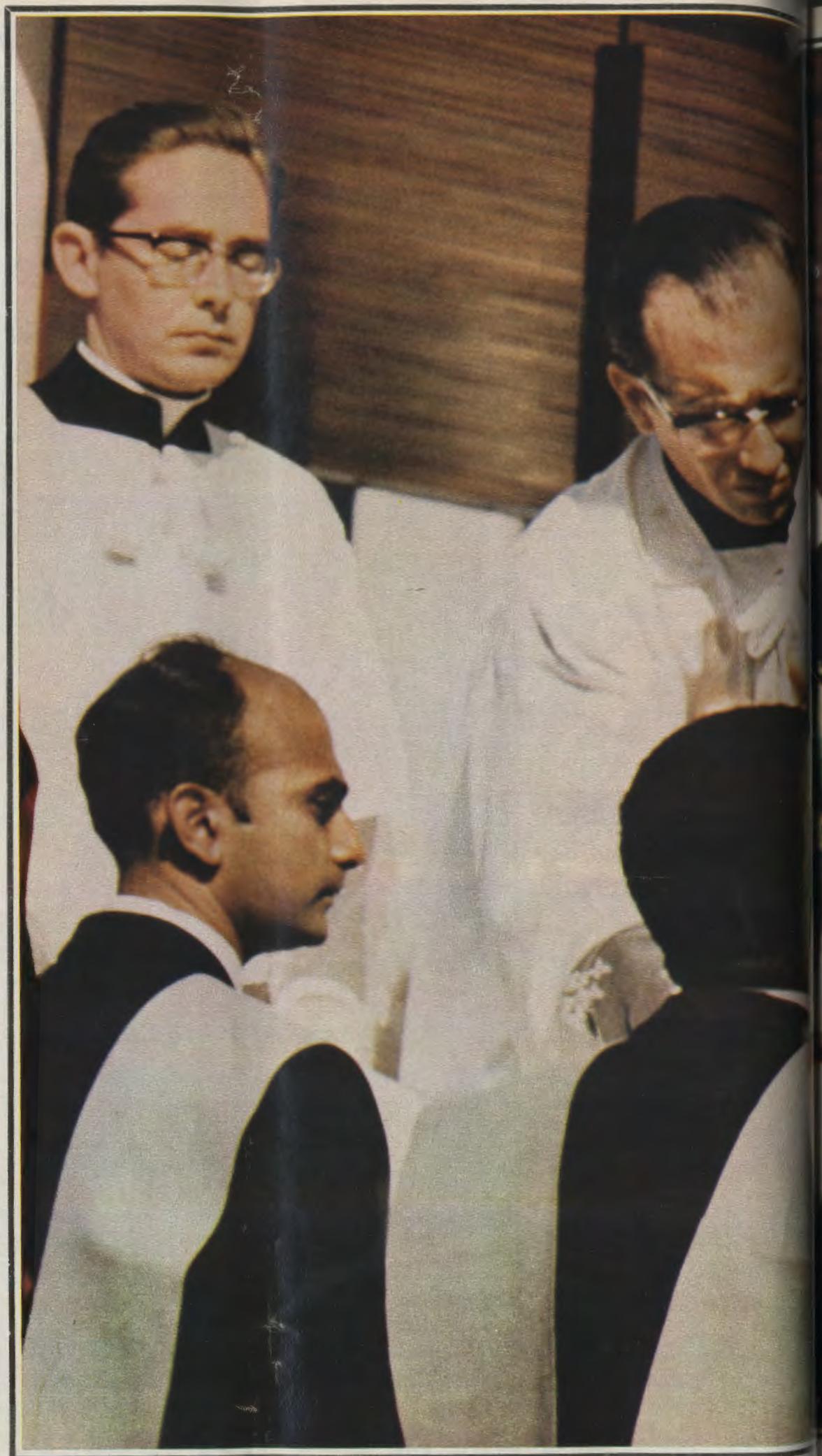
muchas partes del mundo por quien buscó hacer de su vida una ocasión constante de servir a los demás por amor de Dios. Y, en agradecimiento, rezan por él como él quería.

No he visto desesperación en ninguno de los rostros que vieron el suyo de cerca con frecuencia. He visto, sí, lágrimas serenas de profundo afecto, de cariño humano —él siempre dijo que los hombres tenemos un solo corazón para amar a Dios y a los demás, a la mujer, a los hijos, a los hermanos, a la familia, a los amigos—, y también serenidad y aceptación de la voluntad de Dios y alegría, esa alegría que se explica cuando se intenta enfocar los acontecimientos más duros de la vida humana a la luz de Dios.

El lo había repetido muchas veces «al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre», que la alegría que corresponde a un cristiano, a un ser que se sabe hijo de Dios, no es «esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios». («Camino», 659).

Quizá el mejor resumen de su vida de entrega pudiera ser: servir con alegría. Sirvió siempre y siempre con alegría, con esa alegría que proviene precisamente de la seguridad de que Dios ve y oye, y está presente y es Padre.

No sólo sonreía con frecuencia, aun en los momentos más



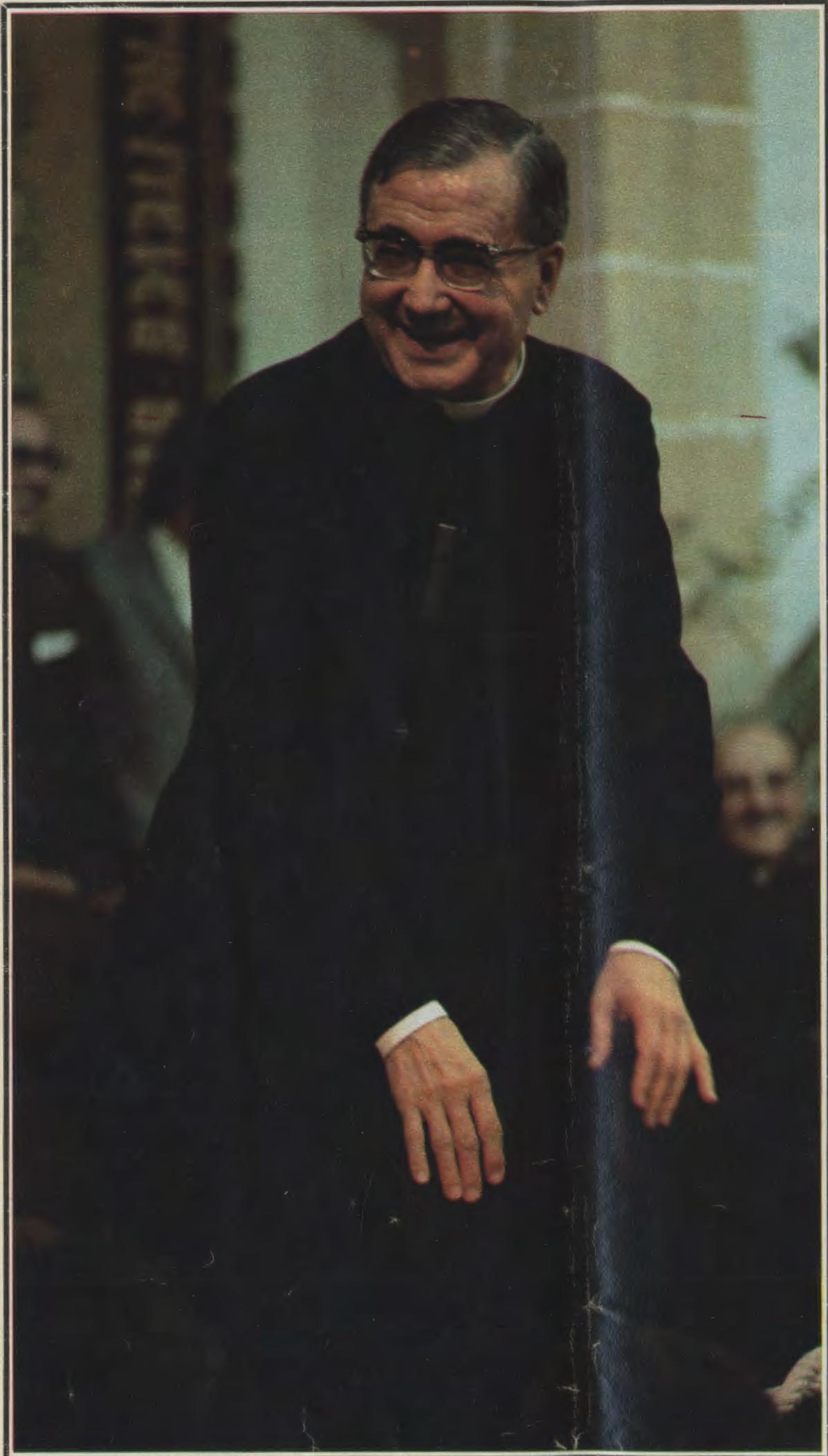


Misa celebrada en el campus de la Universidad de Navarra el 8-X-1967.





Como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, presidió en diversas ocasiones los actos académicos más destacados.



«Si queremos
ayudar a los demás,
hemos de amarles,
insisto,
con un amor
que sea comprensivo
y entrega,
afecto y voluntaria
humildad».

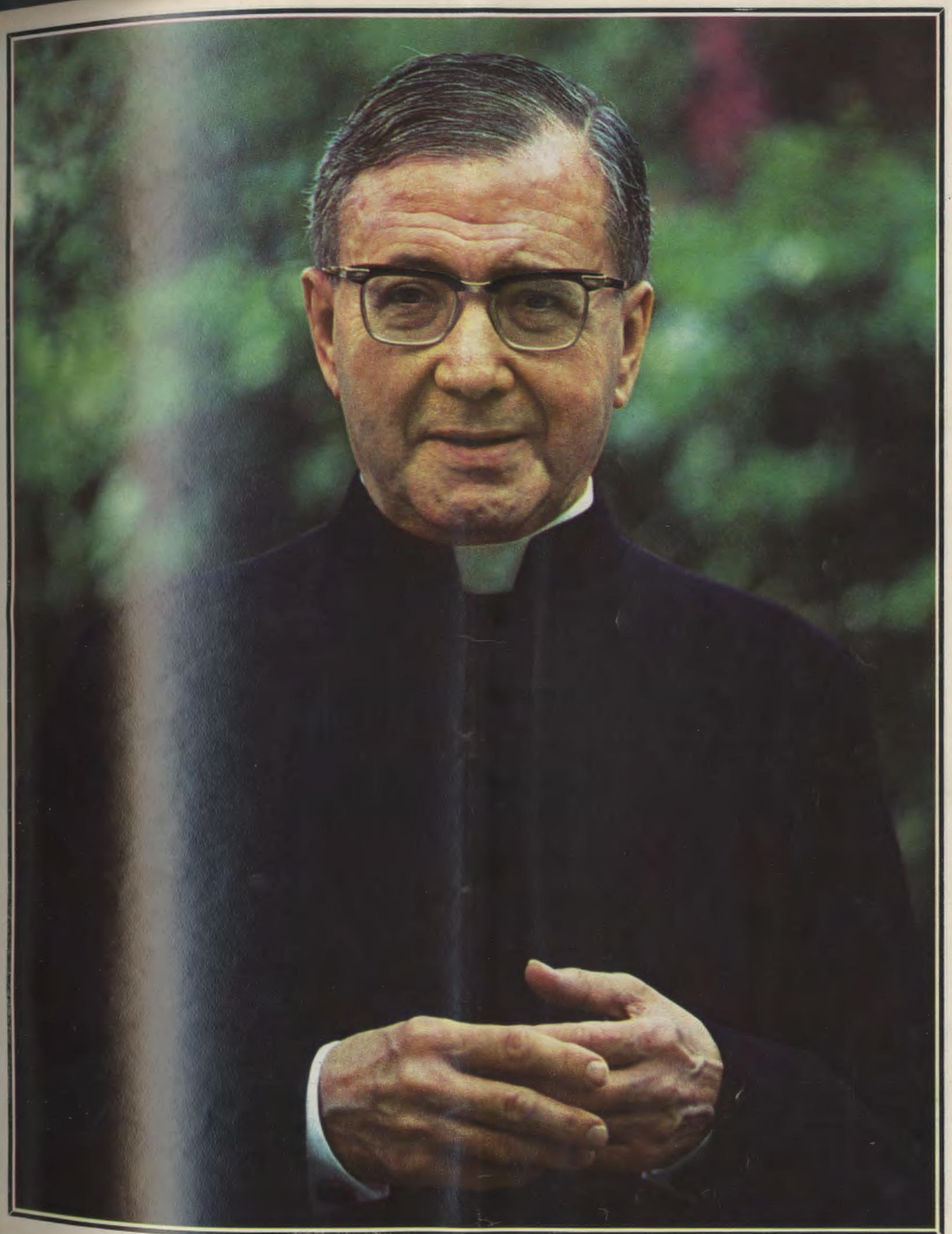
(Monseñor Escrivá de Balaguer
en Homilía pronunciada
el 17-VI-1966).

«Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchos hermanos de hijos de Dios santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo sus afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas». (Homilía pronunciada el 24 de diciembre de 1963.)

Es un deseo lógico en quien tiene como norte de su vida el amor de Dios y el servicio a los demás hombres. Es un sueño que algunos quizá no comprenden, pero que llegan a comprender fácilmente si lo gran descubrir a Dios en sus vidas. Es una aspiración ilógica, por el contrario, para quienes han perdido la alegría porque han perdido a Dios y marchan sin rumbo por la vida.

Pero, Monseñor Escrivá de Balaguer, que era un hombre de sonrisa fácil, espontánea, nacida desde lo más íntimo de su ser, que sabía buscar primero la felicidad de los otros que la suya propia, no se propuso desencarnar al hombre ni predicar angelismos. Lo dijo expresamente en una Homilía —«Amar el mundo apasionadamente»— que pronunció en el campus de la Universidad de Navarra el 8-X-1967:

«Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios. A ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales».





**Gentes de toda edad
y condición
venían a escuchar
su palabra de sacerdote.**



**«La Virgen
Santísima
puede llamarse
con verdad
madre de todos
los cristianos».**

*(Monseñor Escrivá de Balaguer,
en Homilía pronunciada
el 4-V-1957).*

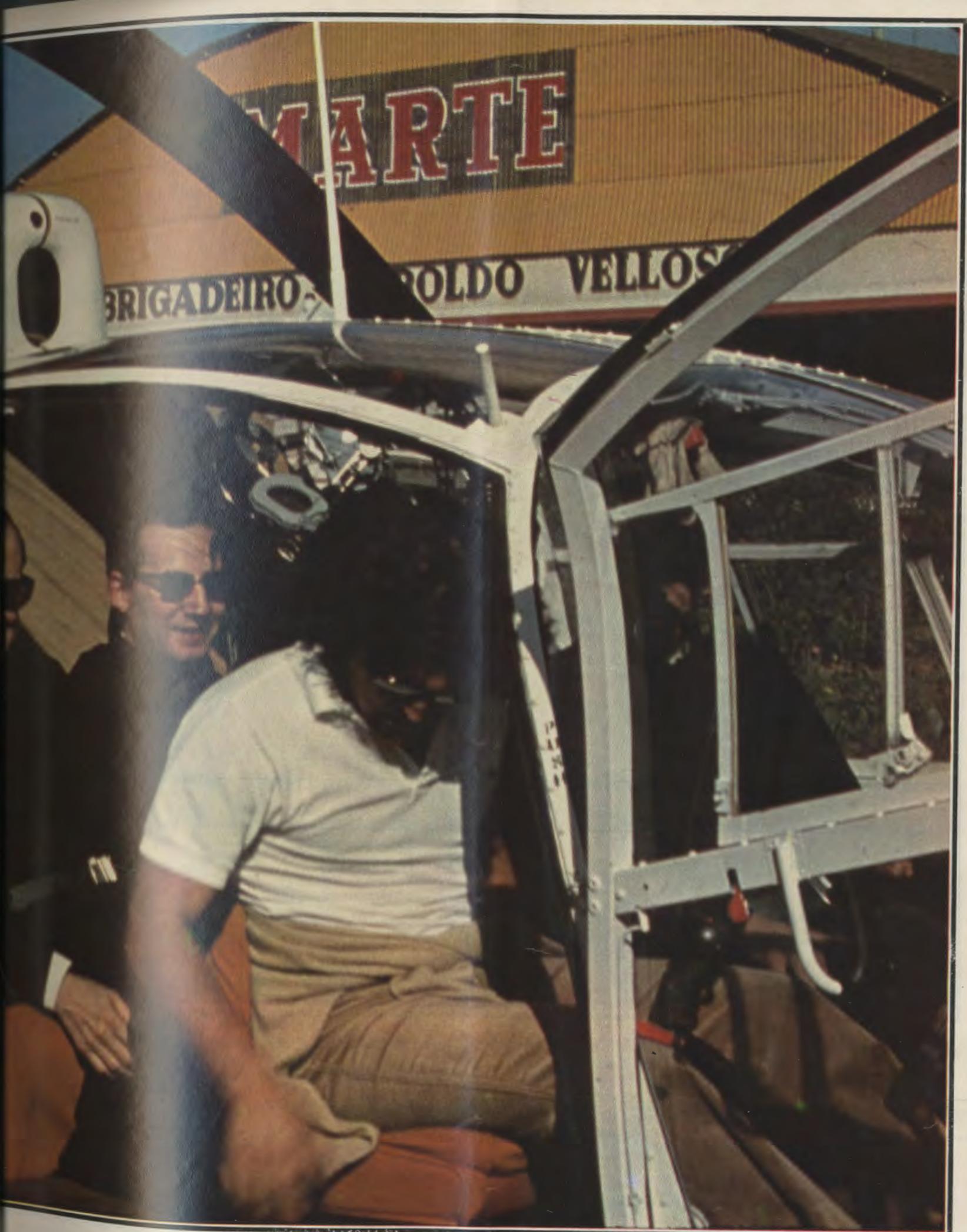
«No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca». Porque conocía al ser humano, porque se conocía a sí mismo, sabía que es indispensable promover el bien y luchar contra el egoísmo, el propio y el ajeno.

A muchos ha asombrado la facilidad, la aparente facilidad con que llegaba a muchos y conmovía a no pocos y arrastraba, hacia la fe cristiana y la perseverancia en la doctrina y el amor a la Iglesia y la fidelidad a tantos en tantos lugares diversos. No es que se empeñase en aparecer sonriente, es que sonreía porque trataba con todas sus fuerzas de corresponder al amor de Dios por los hombres, y era lógico que al acercarse más cada día a la fuente de la alegría, sonriese.

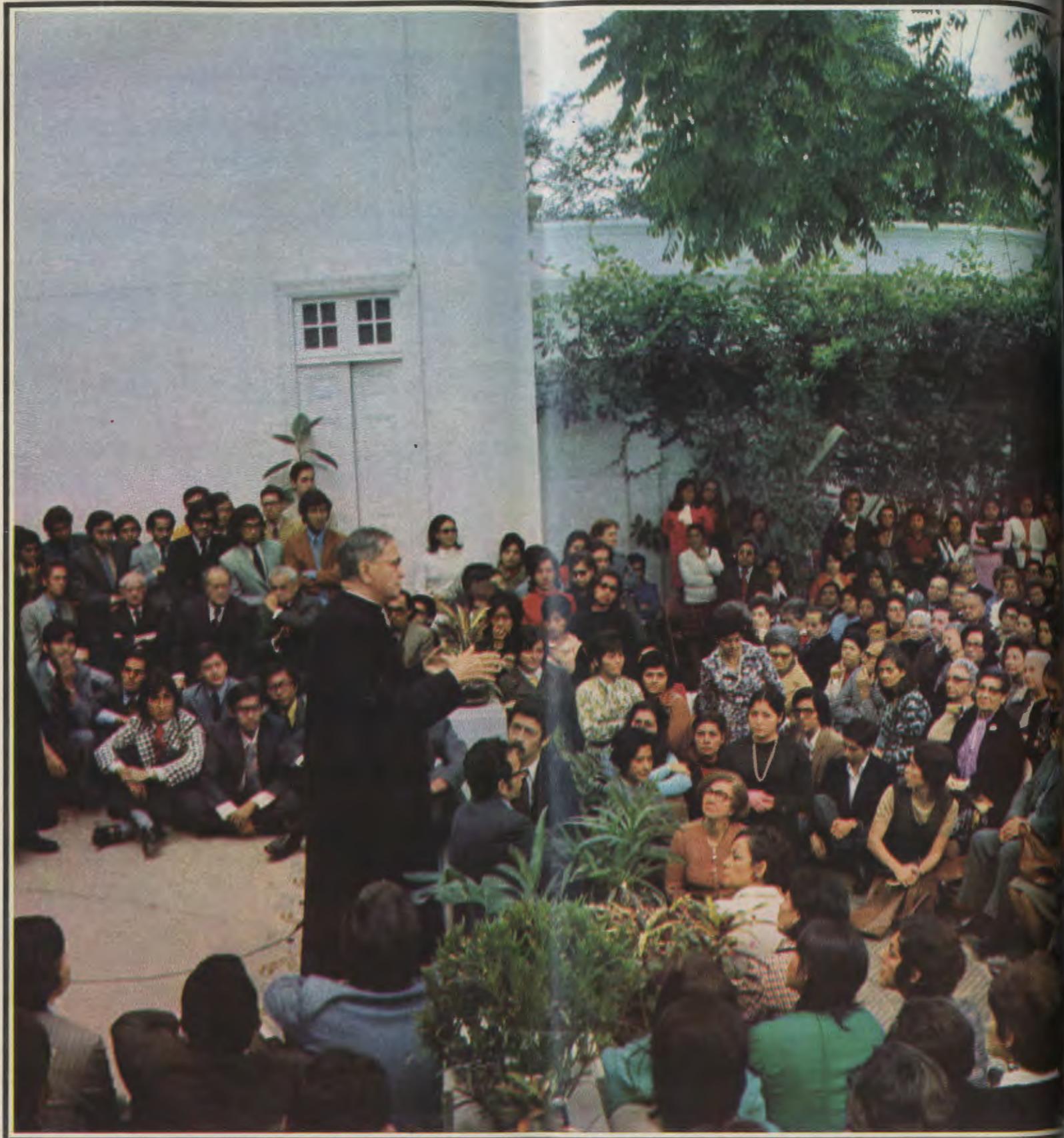
Por eso, su mensaje era y es universal. Para todos los hombres, jóvenes y menos jóvenes y ancianos. Hombres y mujeres. Casados y solteros y viudos. Niños. Sacerdotes. También no cristianos, porque también para quienes no tenían su misma fe tuvo siempre palabras de afecto, sin dejar por eso de reconocer que la Verdad de Dios no siempre está en todas partes o en cualquier parte, sino en la Iglesia.

En los últimos años se hizo ya corriente su encuentro con miles de personas a la vez, en animadas «tertulias» (como solía llamarles), en las que dialogaba con todos cuantos quisieran preguntarle algo, algo útil para su vida, algo que un





Mayo de 1974. Aeropuerto de Marte (Brasil), camino del Santuario de la Virgen de la Aparecida.



Tertulia en Lima el 14-VII-1974.

**«Nuestro Señor ha venido
a traer la paz,
la buena nueva, la vida,
a todos los hombres».**

*(Monseñor Escrivá de Balaguer,
en Homilía pronunciada el 26-III-1967).*

sacerdote pudiera decir
nombre de Dios.

En diversos países de
pa y América pudieron
cerle así muchos miles de
sonas. Todos salían optimi
de estos encuentros. Todos
lian... sonriendo. Y no pre
mente porque se hubiera
lagado su vanidad o su ca
cho o sus manías, sino por
aquel sacerdote que solame
hablaba de Dios, pedía a todo



mundo que trabajara, que rezara, que fuese buen padre de familia o buen hijo y compañero... Palabras de siempre, palabras de sacerdote que llegan dentro, porque siempre llegan, a pesar de las crisis de fe y de los egoísmos internacionales. «Dios —solía decir Monseñor Escrivá— no pierde batallas».

En el pasado mayo, con motivo de una rápida visita a Es-

paña, algunos pudieron oírle hablar otra vez de la necesidad de rezar por los muertos. Se refería entonces a su propia muerte. Era consciente —dijo el Consiliario del Opus Dei en España en la Homilía que pronunció en los funerales por Monseñor Escrivá de Balaguer en la Basílica Pontificia de San Miguel, en Madrid— de que «el Señor podía llamarle en cualquier momento, y me pedía con

cariño y con fuerza que rezáramos mucho por él en cuanto supiéramos de su fallecimiento».

Puedo decir, como testigo de muchas oraciones de petición a Dios por ese sacerdote lleno de alegría, vida y buen humor, que si es verdad que Dios atiende las súplicas de los hombres —y lo es—, en esta ocasión se habrá visto, pedónese-me la metáfora, abrumado.

ABIERTO A TODOS



En la escuela deportiva BRAFA, de Barcelona.



De izquierda a derecha, don Ricardo Fernández Vallespín; el vicario general castrense, obispo López Ortiz; el nuncio de Su Santidad en España, monseñor Dadaglio; el cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal; el Consiliario del Opus Dei en España y don Manuel Botas, rector de la basílica pontificia de San Miguel.



Don Florencio Sánchez-Bella, Consiliario del Opus Dei en España, pronunció una homilía, en la que hizo especial referencia al amor de Monseñor Escrivá por el Santo Sacrificio de la Misa.



Al no haber cabido los asistentes en la nave de la basílica, muchas personas siguieron los funerales, por altavoces, desde la cripta, que tampoco resultó suficiente para albergar a todos en el interior.

Abarrotada la nave superior de la basílica pontificia de San Miguel, hubo personas que siguieron los funerales desde la calle.

POCOS DIAS ANTES DE SU MUERTE



La foto superior fue tomada en Roma el día 7 de junio de este año, dos semanas antes de la muerte de Monseñor Escrivá. Puede afirmarse que es, si no exactamente la última, sí una de las últimas que se conservan, testimonio de su alegría peregrina. Abajo, Monseñor Escrivá, rezando en el santuario de Fátima en noviembre de 1974.